

neleschi, por esa palabra de paz en la cual habrán de confundirse las almas de dos pueblos y la esencia de dos civilizaciones. Tan fausto suceso regocijará al Papa, y en su regocijo llegará hasta conceder á quien le presta asilo seguro en ciudad hermosísima, la libertad de un pobre monje atado á su órden, más por la fatalidad y por la desgracia que por el propio pensamiento y albedrío.

—Perfectamente hablado. Con toda mi voluntad os ofresco pedirlo, pero no creáis que con todo mi poder logre alcanzarlo. A medida que las pretensiones, casi heréticas, por un cambio de disciplina, crecen allá en los Padres del Concilio de Basilea, la resistencia del Papa á todo cambio crece tambien. Porque Papa y Concilio aspiran á una pureza en la idea y á un rigor en la disciplina que les sirva, no solamente para dirigirse á sí mismos, sino tambien para infundir á sus émulos.

—Comprendo y me explico todo cuanto decís; pero aguardo por lo mismo una verdadera victoria. Ir al palacio de Cosme y no encontrar un beneficio seria como ir al mar en busca de agua y no encontrar un sorbo. Por consecuencia, no insisto más. En cambio fiaos á mí y de mí esperad cuanto queráis.

—Sí, quiero que me pinteis al fresco una habitacion.

—Mandad y obedeceré.

—Obligadísimo quedo.

Y el fraile y el político se dirigieron sendas reverencias y se apartaron uno de otro muy satisfechos.

Así que hubo desaparecido el pintor, llamó el magistrado á su señora y le mostró el cuadrito, de cuyas bellezas hizo extraordinarios encarecimientos, como verdadera maestra en las artes, por la correccion del dibujo, la suavidad del colorido, la belleza de las figuras, el arte de los contrastes, la dulzura que tenían aquellos ángeles tan delicados, la sencillez y la verdad de María, el acierto en la agrupacion, la ciencia unida al sentimiento.

—¿Y cuánto dirás que pide por esta obra que te consagro á tí?

—Hermosísima es; pero siempre pedirá algo extraordinario, porque cada artista cree que cada Médicis tiene un Crespo en el cuerpo.

—Pues pide que lo case,

Y Cosme y su mujer se rieron á carcajadas igualmente ruidosas de esta donosísima ocurrencia.

CAPITULO III.

El Concilio de Florencia.

Era el día seis de Julio del año mil cuatrocientos treinta y nueve. La ciudad de Florencia estallaba por haber acudido de todas las regiones de Italia y muchas otras del mundo gentes innumerables á su seno. Correspondiendo á tanto obsequio, excedieron los florentinos á sí mismos en regocijos y festejos, á los cuales solo una ocasion necesitaban, que iban continuamente aquellos artistas buscando un propósito de divertirse ellos mismos, bajo el plausible pretexto de divertir á los demás. Si cualquiera pasara por sus calles sin conocerlos en sus milagrosas obras y en su espléndida historia, tomáralos por locos rematados al ver la furia con que se entregaban á sus fiestas y á sus alegrías. En aquella colmena del trabajo donde se producian y se daban á la sazón tantas bellas cosas, ordenóse la mas completa ociosidad por algunos dias. En cada casa multitud de trofeos, banderolas, gallardetes, guirnaldas, cintas y flores; en cada calle comparsas de danzas acompañadas de orquestas con coros y vestidas de caprichosos y multicolores trajes; en cada plaza mesas al aire libre llenas de manjares, apercebidas á un festín público y perpétuo. Cuando más en órden estaban aquellos festejos, interrumpíanse bruscamente á causa de que venia la corte. Y la corte era una especie de ejército compuesto por millares de devotos al placer; encabezado por ginetes de riquísimas armaduras resplandecientes sobre lujosos arneses; seguido de bufones, titiriteros, atletas, saltadores, juglares, los cuales con gestos, gritos, versos de su cosecha y tocatas sacadas á diversos instrumentos, despertaban por donde quiera que discurrían la mas desenfrenada algazara. Señalábanse los habitantes de cada barrio y aun

de cada calle por los colores y corte de su trages; por el rey que los dirigia con sus ricas coronas, sus largos cetros y sus caprichosos velos; por los compases de la danza que bailaban de dos en dos, ceñidas las frentes con frescas y olorosas flores.

El baile tomaba aspecto mas deslumbrador en aquella plaza de San Giovanni, foro verdadero de las fiestas, como la plaza de la Señoría, foro de la política y de la elocuencia: el Baptisterio adornado por las dos columnas baleares de Pórfido al Este, y las puertas de Andrea de Pisa al Mediodía, y las primeras puertas de Ghiberti al Norte, las cuales brillaban entonces cual si fueran de oro, recién cincelados sus follajes y esculpidas sus figuras de mano maestra, la más maestra quizás en la primera mitad del Renacimiento; la torre del Giotto que se entreveía á un costado, revestida de mármoles, aligerada por las blancas ojivas, semejantes á ventanas de marfil, circuida cerca ya de su base por bajo-relieves admirables; la lógia de Bigallo tan austera, y al mismo tiempo tan graciosa, al otro costado opuesto; edificios todos como solo pueden verse allí en su mezcla felicísima de solidez y delicadeza, de austeridad y de elegancia. Orientales alfombras enramadas de plantas bien olientes cubrian el suelo de la plaza; toldos rojos y blancos cernian la luz del horizonte y entonaban objetos y personas con sus vivísimas reverberaciones y sus calientes reflejos; bancos cubiertos de tapices y dispuestos en armonioso anfiteatro ofrecian descanso á los convidados; mesas sobre cuyas coberturas de púrpura, galoneadas de oro, se extendian albos manteles, ocupaban el centro sembradas todas con argentería de un trabajo incomparable, cuchillos de nácar, vasos de cristal veneciano con piés de metales preciosos, platos esmaltados y llenos de ricas frutas y sabrosos dulces, parejas de damas vestidas con trajes de brocados, cuyas colas y cuyas mangas eran de desmedida extension; y adornadas con collares y diademas, cuyo valor podia comprar un reinc, danzaban frente á frente de parejas de caballeros vestidos con túnicas en que los recortes de terciopelo sobre raso doble se mezclaban con bordaduras deslumbradoras, y llevando cada cual en las manos sombreros circuidos de plumajes y brillantes; grupos de músicos caprichosamente puestos producian deliciosas armonías, y legiones de pajes, todos cubiertos con brillantes vestimentos y perfumados con suaves olores salian y entraban en el palacio de los Adamarios, sirviendo deliciosos refrescos en jarros de oro y en copas sembradas de varia pedrería.

En otras plazas más humildes se daban espectáculos más populares. Una tienda blanca con telon rarísimo á la boca y el título de escena en el frontis, contenia lector que apuntaba y director que regia á varios cómicos de pelucas ridículas, de vientres y narices descomünales, de trages abigarrados, de cascabeles chillones, de aposturas y actitudes increíbles, los cuales parodiaban entre aplausos ruidosos y dichos donosísimos las más sagradas tradiciones y las más bellas poesías. Este afeitaba á aquel, embadurnándolo de ma-

sa hasta la punta de los cabellos y luego descifándolo de su pelo y hasta de su pellejo con una navaja gigantesca. El payaso de por aquí daba al ventrucho de más allá un puntapié tan fuerte y tan acertado que le habria el vientre, de cuyas concavidades se desparramaban multitud de ratas por el suelo y multitud de gorriones por los aires. A una señal abríase el foro y entraban saltando, subiéndose por las paredes y los techos monos con caretas espantosas, á cuyas monerías unos espectadores reventaban de risa y otros temblaban de terror. Sobre todo, el terror se convertia en confusion y atropello cuando alguno de los murciélagos despedidos en la escena rozaba la frente de cualquier papanatas ó alguna de las ratas se subia por las piernas de cualquier hembra descuidada. Lo que más les divertia y espaciaba era la parodia de los doce pares: un Carlo-Magno ridículo; un Roldan, que en vez de tocar su trompeta milagrosa, tocaba el cuerno con que los pastores dirigian el ganado de cerda; un arzobispo Turpin con orejas de burro y mitra de calabaza, ajusticiando al traidor Marsilio, que colgado de una cuerda, arrancaba la peluca á su verdugo cuyas insignias episcopales rodaban por tierra; un burro que decia relaciones hiperbólicas y sobre cuyo lomo iba escuálido caballero andante dando cuchilladas al aire; manadas de bufones con túnicas verdes y caretas rojas: que un pueblo rey como el pueblo florentino se complacia en tener hasta las voluntariedades y los caprichos de los reyes.

En la plaza de Santa María Novella se corrió el palio, que era un riquísimo manto, premio reservado á quien con mayor gallardía y prisa diera varias vueltas sobre caballos medio desbocados, en pelo. Por la plaza de Santa-Croce sesenta jóvenes, caballeros en corceles gallardísimos y de maravillosos jaeces; vestidos de tisúes y terciopelos; armados de armas y armaduras resplandecientes en cuyos metales doblábase la luz; seguidos cada uno de cinco ó seis escuderos, ginetes en hacaneas blancas, todas ornada con monturas de sedas varias y con collares de argentinas campanillas; saludados por trompas y dulzainas y atambores y atabales á la usanza árabe y española; justaron sosteniendo varias arriesgadas suertes y recibiendo los vencedores de manos de las reinas del torneo guirnaldas de olivo en plata y oro que recogieron y se ajustaron al cuello. Mas como era natural eclipsó á todas las plazas aquella plaza de la Señoría por sus esplendentes procesiones, en que iban representadas todas las ciudades sometidas á Florencia con sus banderas y sus armas; por las cabalgatas precedidas de músicas armoniosas y compuestas de caballeros que arrojaban monedas al pueblo y traian ofrendas á los magistrados; por las varias torres de madera dorada, todas cubiertas con esculturas representando cuadros en relieve, y sobre cuyas cimas almenadas veíanse cruzados con cascos de varias formas, personajes de otras épocas y de raras vestiduras, haces de lanzas, trofeos de armas, grupos de multicolores banderolas, espectáculos diversos á cual más bello, realzados por teatro tan propio para ofrecer á todas estas escenas sus majestuosas

decoraciones. Y si esto fué por el día, las iluminaciones nocturnas, que daban á los monumentos un resplandor cuyos tonos y matices los asemejaban á monumentos de trasparente ambar, añadian brillo mayor á la hermosura de aquella ciudad incomparable y alegría y regocijo á sus libres artistas, y felices habitantes. Creedlo, no ha habido en el mundo una ciudad como la Florencia del Renacimiento.

¿Por qué, pues, todos estos regocijos? Por la contienda dogmática entre la Iglesia griega y la Iglesia latina, que desde los tiempos de Focio dividiera el mundo cristiano, se resolvía en pacto de ilusiones y esperanzas. Eugenio IV, Papa á la sazón reinante, combatía con dos grandes enemigos, uno espiritual y otro temporal. El temporal, llamado Francisco Sforza, detentador entonces de tierras romanas, era uno de esos condotieros italianos, cuyo oficio consistía en combatir por combatir, y que, vencedores ó vencidos, sacaban siempre su jornal en depredaciones y conquistas. Y el espiritual era un Concilio de Basilea, Asamblea eclesiástica, altiva hasta el punto de sobreponerse al Papa y á la Iglesia, nombrando los gobernadores en las provincias pontificias y sosteniendo que, así en materia de dogma, como en materia de disciplina, su autoridad y su poder propio sobrepujaban á todas las autoridades y á todos los poderes. Eugenio, combatido de continuo por la incertidumbre, cuando se resolvía en algun sentido, empleaba esa tenacidad pueril que los débiles confunden con la fuerza. Y como aquellos sus tiempos, si bien inauguraban la edad del trabajo, tenían mucho aun de la edad del feudalismo, tiñó sus manos benditas en la sangre de sus enemigos y se empeñó, como cualquier príncipe laico, en los azares de la guerra. Así, al reconquistar la ciudad de Bolonia, el legado romano decapitó sin motivo á varios caballeros principales de la familia de los Bentivoglios, y como le pidieran confesion para morir, negóselas diciendo que no solamente quería condenar y perder sus cuerpos en este mundo, sino en el otro sus almas. Bien es verdad que hasta fines del siglo décimocuarto se negó en Florencia á los reos de muerte confesion y Eucaristía. Bien es verdad que, á mediados de este mismo siglo, cuando Carlos V de Francia pretendió que los condenados inapelablemente en este mundo por la falible justicia humana, pudieran confesar y esperar en la divina justicia, los magistrados opusieron una terrible resistencia. Mas de todas suertes, no puede excusarse la crueldad de un legado pontificio, ignorante sin duda de que Dios, en el sentir de los Padres, resplandece más por su misericordia que por su justicia.

La guerra asolaba al mundo. Por si los laicos podían comulgar con las dos especies, con el pan y el vino; por si podían unir á la hostia el cáliz, como los sacerdotes en la misa; por estas cuestiones puramente espirituales y teológicas, hombres ilustres perecieron en las hogueras; provincias pobladísimas quedaron desiertas y yermas; ejércitos enteros cayeron segados sobre el duro suelo; madres innumerables, perseguidas y hambrientas, mira-

ron á sus hijuelos morir sobre el mismo seno donde recibieran la vida, pues, en lugar de leche, chupaban á sus pechos exhaustos amarga sangre; una nación dejó las habitaciones humanas para errar, cubierta de hierro, en carros de guerra, como las antiguas gentes batalladoras y nómadas; un imperio se desangró hasta quedarse como exánime y exhausto; los cielos se oscurecieron al humo de los espesos incendios, y blanquearon los campos al número de los mondados huesos; mientras guerreros feroces, con una rabia indecible y en hordas múltiples, seguían á un general ciego, cuyas tinieblas eternas le envolvían en supersticiones sin fin y cuyas exaltadas ideas le arrastraban á matanzas sin término, el cual, después de muerto, obtuvo de la credulidad popular que imaginara, su piel capaz de curtirse y adobarse para servir de tambor; á cuyos redobles se estremecían los campos de batalla, como á sacudimientos de un terremoto; que tantos estragos de saqueo, desolación, degüello, exterminio, solamente pueden compararse á las catástrofes del planeta y á los desquiciamientos y calamidades de la ciega naturaleza.

Una de las principales cuestiones que deseaba resolver el Concilio de Basilea era esta cuestión de los husitas, y una de las dificultades que primero quería allanar esta dificultad de la guerra de Bohemia. Pero los prelados no acudían. Al principio solamente eran doce, y aunque en tan corto número, tomaron en mano todos los poderes y se dividieron en gerarquías y en naciones como si estuviera presente la cristiandad entera. Así declararon que su potestad procedía directamente de Jesucristo, y, después de esta declaración, nombraron un gobernador para el condado venusino perteneciente á la Sede Apostólica, y un cardenal como Capranica para el cónclave. A tanta audacia no podía menos de responder la fortuna; y se aumentó el número de los conciliares y acudieron trescientos husitas á pactar un convenio. La crueldad de los tiempos lo rompió por una de aquellas atrocidades que apenas parecen creíbles. Prometiéndoseles la paz á los insurrectos y descendieron de las montañas á los valles de Bohemia innumerables guerreros. El cardenal Eneas Sylvio, más tarde Papa, con el nombre de Pio II, que los vió, describelos de mano maestra en breves palabras. Altos como torres, sanguinarios como fieras, con barbas y cabellos encrespados, con mirar siniestro, curtidos al sol y al aire, de piel tan dura que parecía resistirse al hierro, de vida tan exhuberante que parecía desafiar á la muerte, y sin embargo, cándidos como palomas y mansos como ovejas, fiados de palabras imperiales y eclesiásticas, se metieron á descansar en unos pajares, y en aquellos pajares los quemaron á todos vivos.

Entre estas atrocidades propias y la guerra sorda del Papa, no parecía el Concilio una asamblea; parecía una batalla. Y á fin de procurarse mayor autoridad y de hacerse con gran número de partidarios, pensó, así como en arreglar la discordia con los husitas, en concluir el cisma de Bizancio. Esta gran ciudad, la Roma de Oriente, la Constantinopla de Constantino, en-

contrábase á la sazón casi asediada por los turcos, á cuyos golpes rodaba en pedazos su imperio milagrosamente preservado de las irrupciones de los bárbaros. No ya las conquistas de los infieles, cada día más cercanas á la capital, lo mermaban; rompíanlo en mil pedazos también las tendencias de sus vasallos cristianos, cuando se veían inermes é indefensos, á constituir sobre las amontonadas ruinas improvisados reñecillos. La gran ciudad cristiana; la que habia formulado la metafísica elaborada por Jerusalem y por Alejandría y por Atenas; la que guardaba el Patriarca de todo el Oriente y la Basílica de Santa Sofía, sobre cuyas cúpulas parece posado el Espíritu Santo, iba á entrar en los serrallos del gran turco como una pobre esclava de Georgia. En su angustia pedía socorro tanto al emperador como al Papa romano. Y viendo que la diferencia de religión obstaba al cumplimiento de esa demanda, pensó Juan Paleólogo, uno de sus últimos emperadores, en reconciliarse con la Iglesia de Occidente. No miró si diferencias de razas y de climas determinaban las diferencias de fé; no miró si pactos escritos por altivos potentados podían obligar la conciencia de los pueblos apegada á sus tradiciones y cambiar ideas aprendidas por la educación; empeñóse en salvar á Constantinopla con el auxilio de los occidentales, y para granjearse ese auxilio, no titubeó en sacrificar sus creencias y destruir su Iglesia. Los padres de Basilea, que lo supieron, le diputaron una comisión para conjurarlo á pactar con su Concilio, y el Papa, mucho más rico y mucho más resuelto, con esa tendencia á la acción que tienen los poderes unipersonales, en tanto que las Asambleas dudan y vacilan, mandó nueve galeras, crecidos subsidios, y ganó al Concilio de Basilea por la mano, y se llevó consigo el Emperador á otro concilio de su designación y de su preferencia, que se habia reunido en Ferrara, designando desde las orillas del Pó, como conventículo, y conciliábulo, al congregado á las orillas del Rin y en la ciudad de Basilea. Así mutuamente se injuriaban y se pedían los títulos que les autorizaban á decirse estas injurias.—¿Cuál título superior, decía Ferrara, á ese éxito de ver todo un Emperador de Grecia, corriendo desde el Bósforo al Adriático para postrarse ante un Pontífice de Roma, y unir en espíritu las dos ciudades separadas en lo político desde la antigua división del Imperio, y en lo dogmático desde el terrible cisma de Focio?

El viaje de Juan Paleólogo es un poema en la historia de la filosofía y de las artes. Si alguna vez recorreis el Gran Canal, entre las azules aguas y los azules cielos y atracáis vuestra góndola negra á los blancos mármoles de la Piazzetta, y del muelle de los esclavones; cuando recojais los reflejos de la luz repetida por los mosaicos de mil matices, que se dirían fantásticos iris, y por las piedras de mil tamaños, que se dirían preciosas y formadas como las esmeraldas y los diamantes, en las entrañas de la tierra; mirad por las pinturas y cuadros los marineros vestidos de raso y acompañados de los esclavos nubios vestidos de grana; los pajes fastuosísimos en confusión

con los bufones grotescos; los nobles con sus trajes de tanta riqueza llevando del brazo las damas de ojos negros y cabellera rubia; los gefes del Estado con sus túnicas de tisú y sus mantos de terciopelo carmesí forrados de arminio y sus gorros frigios á la cabeza, sentados en el Bucentauro de oro, sobre cuyos costados caen los grandes paños de púrpura; y en el esplendor de aquellas figuras todavía vivas, gracias á los pinceles mágicos de los primeros decoradores de fiestas, podéis adivinar la llegada del gran Emperador de Oriente, viniendo de los mares griegos al mar Adriático y entrando del mar Adriático en las lagunas sembradas todas de una colosal escuadra de embarcaciones varias, sobre cuyas cubiertas suenan innumerables músicas y se celebran festines innumerables, para formar como gigante procesion de pintorescos flotantes grupos, que acompañan en coro inmenso al Señor de Constantinopla hasta desembarcarlo sobre alfombras de Persia y conducirlo á aquel palacio de mármol rojo y blanco, con su crestería cuasi fantástica, y á aquella basílica de cristal con sus rotondas bizantinas, que se dirían apariciones evocadas por los géneos y los magos del Asia bajo los cielos y junto á los mares de Europa. Pero, de lo que ningún cuadro puede daros ni aproximada idea, es de su partida del Bósforo, cuando nueve galeras papales equipadas con lujo oriental le aguardan, y setecientos personajes vestidos con las insignias de las primeras dignidades imperiales y eclesiásticas le siguen, despedido por aquella inmensa población, que los refugiados de las islas del Mediodía y de las Montañas del Norte han aumentado, y que se esparce, temblando bajo la cimitarra estendida sobre todos, tras los últimos asilos, por las dos orillas de los tracios canales, ornados de jardines, para ver angustiada como el sucesor de Constantino en el Imperio y el sucesor de Focio en el Patriarcado van á pedir auxilio contra la fatalidad á sus antiguos vasallos de Occidente, á sus aborrecidos rivales de Roma. Y luego de la navegación desde Constantinopla á Venecia, y desde Venecia á la desembocadura del Pó, no podría ningún pincel trazar la subida de tanta gente por las aguas de este río, cuyas riberas inundan tribus enteras venidas de todas las ciudades de Italia, y el arribo á Ferrara ornada como para aquella singularísima fiesta, y en cuyo palacio aguarda el Papa, que al ver venir á su huésped, desciende del trono pontificio erigido en grandioso salón, y midiendo los pasos matemáticamente, para que ni uno ni otro dieran respectivamente más al encontrarse, lo abraza con cariñosa efusión y se confunde é identifica con él, en las mismas esperanzas. Pero en tal instante empiezan las dificultades, porque, mientras los clérigos romanos en presencia del papa se postran y casi le adoran, los abades griegos, no acostumbrados á estos ritos, se niegan á besarle el pié y se reducen á bajar silenciosa y solemnemente la cabeza.

Prolijo sería enumerar las ceremonias á que dió ocasion este encuentro y las etiquetas á que dieron ocasion estas ceremonias. El Emperador no hu-